

ARIMÁN

(Avanzando hacia la encrucijada próxima.) Separémonos aquí. Confío en que os ajustaréis estrictamente al plan convenido. Vosotros ya sabéis...

NADIR

Descuida. No discreparemos de lo pactado.

ARIMÁN

Visitad los lugares en que hierven el vicio y el libertinaje. Introduciós con palabra falaz en los cerebros dañados y revolved en ellos hasta que no quede una chispa de razón.

ZAFRANIO

Muy bien.

ARIMÁN

Soplad con todo vuestro aliento infernal en los corazones corrompidos, para que lleguen á la completa insensibilidad.

NADIR

Se hará. Y tú...

ARIMÁN

Yo trabajaré en esfera más alta. Desde hace unos días olfateo una res de mayor cuantía, y os juro, por las barbas del Padre Satán, que no he de parar hasta cobrarla.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

DECORACIÓN

Jardín en el lujoso hotel de Dióscoro, inmediaciones de Ursaria. A la derecha, la fachada del edificio con puerta y ventanas practicables. El ingreso á la puerta, por una escalinata. La entrada al jardín se supone por el foro izquierda. A la izquierda del proscenio un cenador bastante capaz, en el cual hay mesa donde estarán todos los objetos que se indican en el curso de la obra. Dentro y fuera del cenador, sillas rústicas. Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

PROTASIA, CALIXTA, TEÓFILA y BASILIO

Calixta y Teófila son dos muchachas de diez y siete y diez y ocho años, lindas, pizpiretas y juguetonas. Protasia, la hija mayor, es desgarbada, sin ninguna gracia, y demuestra corta inteligencia. Al comenzar la escena las niñas menores corretean gozosas, y Basilio arregla las sillas rústicas y la mesa del cenador y recoge los papeles rotos y otros objetos que hay en el suelo. Protasia permanece en el foro inclinada sobre la tierra.

BASILIO

Niñas, tengan juicio y déjenme trabajar; bonito habéis dejado esto; papeles rotos, recortes de trapos...

CALIXTA

(Tirándole de una oreja.) Pero tonto, ¿no has visto que aquí damos con Atenaida las lecciones de escritura, de costura...?

TEÓFILA

Aquí damos las clases cuando el tiempo está bueno. (Le da un papirotazo en la calva.)

BASILIO

¡Ay, ay! No sé cómo os aguanta vuestra maestra, la dulce Atenaida, la gran filósofa, astróloga, nigromántica, no sé; yo no entiendo de eso.

CALIXTA

Ni de eso ni de nada. Esos disparates los has aprendido en la buñolería de Malcarado, adonde vas tempranito á tomar la mañana, borrachín.

TEÓFILA

Hortelano, á tus lechugas; jardinero, á tus flores.

BASILIO

(Con zalamería.) Flores sois vosotras y os cuido; os quiero mucho.

TEÓFILA

Nos quieres mucho, viejecillo de nuestra casa.

CALIXTA

Tú nos viste nacer.

BASILIO

¡Uy, uy, que os vi nacer! Yo servía ya en esta casa cuando nació vuestro padre, don Dióscoro, y vuestro tío, don Pánfilo.

TEOFILA

El tío Pánfilo, el hombre de la previsión.

CALIXTA

El que jamás hace cosa alguna sin medir los pasos y contar los minutos.

BASILIO

Por eso todo le sale bien. Aprended de él, casquivanas.

TEÓFILA

Nosotras no tenemos por qué quebrarnos la cabeza pensando esas cosas.

CALIXTA

Lo que tenemos que aprender, la vida nos lo irá enseñando.

BASILIO

Bonita vida os aguarda si no sentáis la cabeza. Vuestra hermanita Protasia, á quien todos

tienen por boba, antójaseme que va á resultar la más lista de las tres.

TEÓFILA

¡Pobre Protasia! (Mirando á su hermana.) Pero, ¿qué hace esa chica?

CALIXTA

Está buscando el grillo que se le ha perdido.

PROTASIA

(Con habla dengosa, levantándose.) Ya lo encontré; aquí está el muy pillo. (Adelántase, mostrando el grillo que acaba de recoger.)

BASILIO

Ven, alma mía; aquí tengo las lechuguitas para dar de comer á tu ganado.

PROTASIA

(Cogiendo las lechugas.) Dame acá, Basilio. Este, que es el que yo llamaba Roqui-Roqui, tiene voz de baritono, y cuando él canta los demás hacen ríqui-ríqui y ráqui-ráqui, resultando una orquesta preciosa. Ya la habéis oído.

CALIXTA

Sí, la hemos oído.

TEÓFILA

Menuda escandalera arman todas las noches.

PROTASIA

Voy á darles de comer. (Entra en el palacio.)

CALIXTA

Es feliz en su idiotez.

TEÓFILA

¡Qué inocencia! Vive en el limbo... No ha podido aprender ni siquiera el abecedario.

BASILIO

Compadecedla. Yo también la compadezco, pero la quiero tanto como os quiero á vosotras; y cuando vosotras os caséis...

TEÓFILA

¿Tú qué sabes?, simplón.

BASILIO

¿Pues no he de saberlo, con cincuenta años que llevo en esta casa?

CALIXTA

Ya eres como de la familia, y nuestras penas y alegrías son también tuyas, viejecillo sandunguero.

BASILIO

(Risueño, embobado.) Sí, sí, niñas de mi alma, lo sé todo. Tú, Calixta, te casarás con el primogénito del Marqués de Casatrolas, senador él, exministro él, y no sé qué más... Y tu boda, Teófila, ajustada está con Leandrito Hiperbolos. Ya veis que todo lo sé.

CALIXTA

Eres muy listo y nada se te escapa.

TEÓFILA

Seremos felices, viejecillo. ¿Querrás venir a vivir con nosotras?

BASILIO

¡Ah, eso no! En esta casa pienso acabar mis días. Aquí estaré cuidando a la pobre Protasia.

CALIXTA

Que no se casará.

BASILIO

¡Ah! Yo no aseguraría que vuestro padre, que es muy allegador, no coloque también a Protasia.

TEÓFILA

Imposible. ¿Quié debate podría cargar con una idiota?

CALIXTA

Sería absurdo.

BASILIO

Queridas niñas, vosotras empezáis a vivir. Yo soy perro viejo; he visto mucho mundo, y en mi larga existencia he podido comprobar...

CALIXTA

¿Qué?

BASILIO

Que la máquina del mundo está algo trastornada, y lo que parece disparatado suele prevalecer sobre lo que... (Suena la campanilla del jardín.)

TEÓFILA

¿Quién llama?

BASILIO

(Mirando desde el foro.) Es el Santo Pajón.

CALIXTA

Si ayer le dimos; ¡vaya con el moscón!

TEÓFILA

Que vuelva otro día.

BASILIO

(Gritando desde el foro.) Tío Pajón, que otro día será... Ya se ha ido. (Al volver al proscenio ve aparecer a Dióscoro por el palacio.) Vuestro padre viene; basta de palique. (Vase por el jardín.)

ESCENA II

CALIXTA y TEÓFILA; DIOSCORO, PÁNFILO,
HIPERBOLOS

Dióscoro es correcto, frío y reservón; Pánfilo regordete y muy pelma; Hiperbolos enfático y campanudo en su lenguaje.

DIÓSCORO

Chiquillas, ¿qué hacéis aquí?

TEÓFILA

Salimos á respirar el aire libre antes de empezar nuestras lecciones.

PÁNFILO

¿No ha venido Atenaida?

CALIXTA

Ya no tardará.

DIÓSCORO

Adentro, niñas.

TEÓFILA

Sí; vamos á repasar la Filosofía. (Entran en el palacio las dos niñas.)

PÁNFILO

Yo me voy á casa.

DIÓSCORO

¿Volverás?

PÁNFILO

Sí. Tú, Hiperbolos, tráete ultimado el asunto de la *Filantropía*.

HIPERBOLOS

(Mostrando un lío de papeles.) Aquí llevo los nuevos estatutos para que me los firme el ministro.

DIÓSCORO

Bien; adelante.

PÁNFILO

Y ahora, hermano mío, te repito mis advertencias. Como yo soy la previsión, ya lo sabes, y quiero ponerte en guardia contra los acontecimientos imprevistos... Alejandro...

DIÓSCORO

Ya sé, está arruinado.

HIPERBOLOS

Hállase en las angustias de la muerte crematística.

DIÓSCORO

¿Y crees tú que vendrá...?

PÁNFILO

Preveo que ha de venir á pedirte auxilio para prolongar su existencia por algunas horas.

HIPERBOLOS

(Enfático y picaresco.) Como ya no puede respirar, viene á que le demos balones de oxígeno.

PÁNFILO

Eso es. Pues bien, Dióscoro: ten entereza y no le des nada. El hombre arruinado por su mala administración debe perecer.

DIÓSCORO

Ya estoy prevenido. A buena parte viene. (Oyese la campanilla de la puerta del jardín.)

BASILIO

(Por el foro, anunciando.) El señor Marqués de Rodas.

DIÓSCORO

Que pase al momento. (Vase Basilio.)

PÁNFILO

(Cogiendo del brazo á Hiperbolos.) Ven, ven; vámonos á lo nuestro. (Al salir, Pánfilo se encuentra con Alejandro, que entra y le abraza efusivamente.)

ESCENA III

LOS MISMOS.—ALEJANDRO, caballero simpático y elegante, de formas exquisitas.

ALEJANDRO

¡Oh! querido amigo...

PÁNFILO

Tu semblante revela salud, alegría.

ALEJANDRO

Sí, sí, estoy muy contento; muy contento.

HIPERBOLOS

(Dándole palmaditas en el hombro.) Alejandro, adiós; felicidades.

PÁNFILO

Ahí tienes á Dióscoro, que te espera...

HIPERBOLOS.

Dióscoro, el bueno, el generoso amigo. (Vanse Pánfilo é Hiperbolos por el jardín.)

ESCENA IV

DIÓSCORO, ALEJANDRO

ALEJANDRO

Dióscoro, amigo del alma, vengo á...

DIÓSCORO

Ya sé; lo de siempre. Vienes á contarme tus cuitas, tus quebrantos.

ALEJANDRO

Las penas mías ya las conoces. He llegado á la extrema perdición. Estoy en las últimas ansias, harto de sufrir golpes y reveses; ya no puedo más. Tú sabes que he consagrado lo mejor de mi vida á negocios licitos; he sido guardador escrupuloso de los deberes sociales y esclavo de la verdad.

DIÓSCORO

Con la verdad pura, querido Alejandro, con la verdad neta, no siempre obtenemos el éxito en nuestros negocios.

ALEJANDRO

Tú lo has dicho. Yo he venido á comprender que es error grave en los hombres de negocios el ajustarnos ciegamente á las leyes divinas y humanas. En mis tristes insomnios he visto claro que, hallándose nuestra sociedad fundada en la mentira ó en las ficciones inveteradas, es locura mantenerse dentro de la razón y de lo que llamamos deberes; otros tantos artificios inventados por la turbamulta humana...; más claro: el que se ajusta estrictamente á la verdad y á

la razón, tropieza, cae y se precipita en los profundos abismos.

DIÓSCORO

Donosa es tu idea, pero no absolutamente desatinada. Siéntate y hablemos. (En sillas rústicas se sientan.)

ALEJANDRO

Pues si esto no te parece desatinado, dame tu opinión sobre lo que ahora voy á decirte. Estoy decidido á cambiar de conducta, adoptando desde hoy el criterio de los procedimientos mentirosos.

DIÓSCORO

(Con humorismo.) Amigo, no tanto; cierto que la verdad y la mentira son términos elásticos y convencionales; sin embargo, conviene guardar ciertas formas y no proclamar el imperio de la Sinrazón.

ALEJANDRO

Pues yo te aseguro, querido Dióscoro, que la gran mayoría de los seres humanos en esta diminuta región del mundo, no merecen la verdad; démosle lo suyo: la mentira.

DIÓSCORO

¿Y crees tú que con ese nuevo sistema han de cambiar tus infortunios en prosperidades?

34054

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1910. 1000 IMPRESIONES, JUNCO

ALEJANDRO

Así lo creo. Una voz misteriosa susurra en mi oído que seré dichoso cambiando de sistema.

DIÓSCORO

En buena lógica, de la mentira sistemática, según nos han enseñado, no puede salir nada bueno. Lo mismo te dirá mi hermano Pánfilo, el hombre esencialmente práctico y previsor. Lo mismo te dirá la profesora de mis hijas, tu amiga Atenaida, que es mujer de claro sentido.

ALEJANDRO

No hagas caso de Atenaida ni de Pánfilo. Harto de la dichosa lógica, me entrego desde hoy á lo absurdo, el gran resorte, créeme á mí, de la existencia humana; y no me hables tampoco de previsión. Yo me he pasado la vida previendo las cosas, adelantándome con mi pensamiento al suceso favorable, al suceso adverso, lo mismo cuando se trataba de un negocio que de asuntos de familia. Pues siempre que hice alarde de previsión he salido mal, muy mal; prever mucho y equivocarme siempre. Nada, nada; ya para mí no hay más divinidad que lo imprevisto, la Fatalidad.

DIÓSCORO

Aunque lo imprevisto está fuera de toda ley, no debemos despreciarlo; y en cuanto á la Fa-

talidad, no se puede desconocer que en muchos casos engendra las situaciones fundamentales de nuestra existencia.

ALEJANDRO

¡Ay, amigo! ¡Cuánto me agrada oírte! Soy el ejemplo vivo del imperio de la Fatalidad. Nací, como sabes, en un hogar campesino y apacible. Mi padre, rico labrador de Jarandilla, en la feracísima Vera de Plasencia, me crió y me educó para que yo le sucediera en las faenas agrícolas; pero mi ambición juvenil apetecía horizontes más amplios. En desavenencia con mi buen padre, viví de los quince á los diez y ocho años; él quería sujetarme á la tierra fecunda; yo quería desprenderme de ella... En fin, mi anhelo de la vida urbana venció la terquedad de mi padre, y éste me mandó á Madrid á estudiar Derecho, Filosofía y Letras; ya sabes lo demás; juntos estudiamos en la Universidad.

DIÓSCORO

De aquellos alegres días data nuestra entrañable amistad.

ALEJANDRO

Tú y yo, estudiantes distinguidos, bien dotados por nuestros padres, frecuentábamos la sociedad aristocrática. Recordarás que apenas terminada mi carrera, me enamoré de la sin

par Helenita, hija única de los Marqueses de Rodas.

DIÓSCORO

Y aquí viene ahora la Fatalidad; te casaste.

ALEJANDRO

Me casé, fui dichoso. Como la fortuna de mi esposa no era grande, y mi padre, en su testamento, mejoró considerablemente á mi hermano Demetrio, que se fué á la Argentina, tuve que dedicarme á negocios para equilibrar nuestro peculio, pues tanto Helena como yo nos habíamos adaptado á una vida de grandezas y elegancia dispendiosa.

DIÓSCORO

El lujo ¡ay! En nuestra clase, caer en el lujo equivale á caer en las garras de la Fatalidad más cruel.

ALEJANDRO

(Suspirando.) Sí; en tal situación tuve la desdicha de perder á mi esposa, mujer incomparable, carácter dulce, toda ternura y abnegación.

DIÓSCORO

¿Por qué la dejaste emprender aquel desatinado viaje á Cuba?

ALEJANDRO

Pues tú me aconsejaste que fuera.

DIÓSCORO

Sí, pero...

ALEJANDRO

Su tía y madrina, doña Sofía, la llamó para darle posesión de una parte de sus cuantiosos bienes. Nos veíamos tan mal, que consentí en aquel viaje. El vapor en que iba naufragó, ¡ay, qué dolor! Mi Helena, mi ángel, pereció en las aguas del mar antillano. En los mismos días de esta catástrofe, doña Sofía murió en Cienfuegos, y su inmenso caudal pasó á los parientes más próximos, sobrinos, primos, no sé... Desde entonces la fortuna, que ya venía mostrándose muy esquiva, se puso bárbaramente adversa, y de golpe en golpe, de caída en caída, he llegado á esta situación deplorable, angustiosa, mortal de necesidad.

DIÓSCORO

¡Ay, mi querido Alejandro! Dudo que por el momento pueda yo sacarte de ese pantano; pero si quieres un buen consejo, oye... Debes encastillarte en la resignación, en el estoicismo; dar largas á esos endiablados atrancos económicos; ir tirando hasta...

ALEJANDRO

¡Tirando!... ¡tirando! He llegado á este cataclismo por mi acendrada rectitud; por ser esclavo